

# EL ALTO: UNA FICCIÓN POLÍTICA

*Alto markaxa wali puq'antata jiwa jich'axa*

Conferencia para “La universidad de todos los saberes, de los Andes a la Amazonía”  
Franck Poupeau – Instituto francés de estudios andinos – La Paz – Bolivia  
IFEA – UMIFRE 17 – CNRS – MAEE

El Alto, que se extiende en el Altiplano, de cuya altura La Paz, sede del gobierno boliviano, con aproximadamente 900.000 habitantes, se convirtió en 2008 en la segunda ciudad del país (después de Santa Cruz). Su crecimiento urbano se mantiene por encima del 5% anual, tasa espectacular, sobre todo si se tiene en cuenta que se trata de una ciudad cuya fundación y expansión datan de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, el que El Alto atraiga tanto la atención se debe menos a sus características demográficas que a su irrupción en el escenario político nacional a partir de principios de los años 2000: se constituyó en el punto de convergencia de los bloqueos a través de los cuales el movimiento aymara volvió a poner en escena, luego de un intervalo de dos siglos, el cerco de La Paz por las tropas rebeldes de Tupac Katari; ha sido sobre todo el epicentro de la “guerra del gas” de octubre de 2003 y de la agitación social que se produjo después, en particular durante las movilizaciones contra el consorcio Aguas del Illimani en 2004 y 2005, cuya finalidad era el restablecimiento de un servicio público de suministro de agua. En el imaginario político boliviano, El Alto encarna el símbolo de la revuelta popular contra los gobiernos neoliberales, teniendo en cuenta sin embargo que, desde la llegada al poder de Evo Morales en diciembre de 2005, el movimiento “nacional popular”, como lo ha calificado el sociólogo René Zavaleta, ha venido adquiriendo un rostro cada vez más “indígena”: El Alto habría pasado a ser la cara “aymara”, y por lo tanto “auténtica”, de la política boliviana y de

los movimientos sociales<sup>1</sup>. Como toda ciudad, El Alto tiene una dimensión imaginaria: de la misma manera que los revolucionarios franceses de 1789 celebraban sus sesiones vestidos con togas romanas, esta copia simbólica, se expresa hoy en día en el atuendo político del indio insurrecto, indomable ... ¿salvaje? ¿Existirá sin embargo el riesgo de que esta celebración de El Alto no produzca sino una simple inversión de las categorías coloniales?

El Alto es una ficción política fruto de la importancia simbólica de la ciudad en la política boliviana que refleja toda una labor de reconstrucción de la historia contemporánea del país. Ficción política que sigue alimentando los fantasmas de los sectores urbanos acomodados de La Paz con respecto a la “peligrosidad” de El Alto y sus habitantes, así como los fantasmas de los militantes políticos que han abandonado la “lucha de clases” por la “rehabilitación de las identidades indígenas campesinas originarias”. La visión de El Alto como “ciudad aymara”, poblada por migrantes de las zonas rurales, permite recuperar ese legado político sin mucho esfuerzo, ocultando los problemas que plantean la economía informal, la negación constante de todos los derechos laborales y la violencia de las relaciones sociales internas. En ninguna parte se expresa mejor este imaginario que en el siguiente pasaje de la introducción del libro *De ch'usa marka a jach'a marka. De pueblo vacío a pueblo grande. Pequeñas historias contadas desde el alma misma de El Alto*, de Marco Alberto Quispe Villca (Plural Editores/Wayna Tambo, 2004) : «*El Alto no es una ciudad cualquiera, es el territorio construido por obra de sus propios habitantes. En este lugar, el vecino tiene el orgullo de gritar y contar sus vivencias pues nadie como ellos tuvieron la dicha de construir su ciudad a su estilo, a su manera, a su gusto y con sus propias contradicciones*». En esta cita se encuentra condensado el imaginario comúnmente difundido acerca de la ciudad: en primer lugar, una ciudad que se habría hecho sola, cuando en realidad es el efecto de procesos que vienen afectando a los espacios rurales y urbanos circundantes desde hace más de un siglo (desarrollo de los transportes, migración rural, cierre de las minas, congestionamiento urbano en La Paz, especulación inmobiliaria, etc.);

---

<sup>1</sup> El 6 de agosto de 2009, Evo Morales dijo en la conmemoración de los 24 años de la fundación de la ciudad de El Alto: «*Quiero expresar mi máximo respeto y admiración hacia esta ciudad de El Alto, pueblo rebelde, pueblo valiente, pueblo que lucha por la liberación y contra la opresión ; pueblo de ejemplo y símbolo en la defensa del Estado boliviano*».

en segundo lugar, una ciudad cuyos habitantes se politizan (y se rebelan) espontáneamente, por el mismo hecho de residir en ella, cuando en realidad forman parte de juntas vecinales caracterizadas por una elevada densidad organizacional que se han ido constituyendo paulatinamente a raíz de las dificultades para acceder a los servicios urbanos básicos y siendo así que sólo los sectores más estructurados de la ciudad se movilizaron en los años 2000; en tercer lugar, una esencialización de la ciudad y su población, supuestamente dotada de características únicas (estilo, manera, gusto) y hasta “contradicciones” que permiten juntar todo y lo contrario de todo y, por tanto, decir cualquier cosa.

Tampoco se trata, sin embargo, de caer en una crítica fácil de la imaginería militante ni de las visiones “indígenas”, en el sentido que la sociología le atribuye a esta palabra: visiones construidas a nivel local por los habitantes mismos o por sus portavoces. En efecto, la ficción política de El Alto forman parte de la definición de la ciudad y de la identidad sociocultural de su población. Más concretamente, el hecho de que El Alto se haya construido y siga construyéndose en la auto-celebración de sus propias capacidades de autonomía y movilización (“*El Alto de pie, nunca de rodillas*”), frente al reflejo despectivo que se le envía en particular desde La Paz, forman parte de la realidad a analizar. Por otra parte, las luchas están al centro de la representación de El Alto y ésta es tanto más sensible cuanto que el proceso de transformación social en curso descansa sobre una representación idealizada de la indianidad y de las “autonomías indígenas originarias campesinas” y que la oposición al gobierno insiste en que la hegemonía de esta visión va en detrimento de los otros grupos que componen la sociedad boliviana. Es precisamente por esta razón que no es posible tomar al pie de la letra esa imagen de la “ciudad aymara” en lucha permanente: al contrario, se la debe considerar como una representación social en un proceso de objetivación sociológica. Para ello, veremos hasta que punto El Alto constituye una ilustración del proceso que Marshall Sahlins denominó “la indigenización de la modernidad<sup>2</sup>”: la capacidad de resistencia de los pueblos indígenas (de los diferentes continentes) a la modernidad capitalista y a la hegemonía occidental, mediante la apropiación de los bienes y de los símbolos colonizadores para luego reutilizarlos con una nueva finalidad. Con esta ponencia pretendemos demostrar que El Alto es sobre todo la

---

<sup>2</sup> Marshall Sahlins, *La découverte du vrai sauvage, et autres essais*, París, Gallimard, 2007.

encarnación de una relación moderna con las culturas tradicionales donde coexisten conservatismo social y transformaciones culturales, reproducción de las desigualdades e invención de nuevas formas de expresión. Esta mezcla de las relaciones socioculturales es lo que hace justamente que su estudio sea tan apasionante, pues permite cuestionar a la vez el comunitarismo y la visión folclórica (o el comunitarismo folclórico) de los pueblos andinos, convertidos hoy día en ideología de Estado y tendientes a sustituir la lucha contra las desigualdades por una política de identidades<sup>3</sup>.

## 1. BREVE HISTORIA DE EL ALTO

El Alto es el resultado de una segregación socio-espacial que se remonta al siglo XVI, cuando se fundó la ciudad de Nuestra Señora de La Paz de la cual no fue más que un apéndice durante largo tiempo. Un centro colonial con calles en damero, separado de los barrios indígenas por un río: el Choqueyapu que atraviesa el valle y en el cual desembocan la mayor parte de los cursos de agua que surcan la hoyada, antiguamente poblada por diferentes grupos étnicos. Se trataba por lo tanto de tierras fértiles y esta fue la razón principal de la fundación “colonial” de la ciudad de La Paz en este lugar en el siglo XVI, siendo la otra razón el hecho de que estuviera situada en un sitio estratégico entre el centro minero de Potosí y el centro económico de Cuzco. El valle estaba poblado desde hacía aproximadamente 3000 años y el otro nombre, “originario”, del lugar era Chuquiago (*chuqui* significa : oro y *apo/apu*: rey, para los incas): era pues un centro de producción de oro que contaba además con la presencia multicultural de poblaciones indígenas aymaras, quechuas y puquinas<sup>4</sup>. A partir de entonces, El Alto abarca un territorio designado como “*Ch'usa Marka*” (pueblo vacío), inicialmente ocupado por diferentes comunidades, en el que se crearon parroquias coloniales que lo vinculaban a La Paz y que luego se dividió en haciendas con las consiguientes expropiaciones y desplazamientos de poblaciones. De ahí que Juan Manuel Arbona dijera en su obra sobre la historia de El Alto: « esta ciudad nació de varios procesos históricos y coyunturas sociales: de la oportunidad (y del oportunismo)

---

<sup>3</sup> Con respecto a este tema, véanse los libros de Walter Benn Michaels, *La diversité contre l'égalité*, París, Raisons d'agir, 2008; Alain Babadzan, *Le spectacle de la culture. Globalisation et traditionnalismes en Océanie*, París, L'Harmattan, 2009; y un análisis en: <http://www.pieb.com.bo/blogs/poupeau>

<sup>4</sup> Ximena Medinacelli, *Los orígenes multiculturales de La Paz*, La Paz, Santillana de Ediciones S.A., 2009; Fernando Cajías, Rossana Barragán, Magdalena Cajías, Ximena Medinacelli, *La Paz, Historia de contrastes*, La Paz, Fundación Nuevo Norte, 2007.

que conlleva la apropiación de la tierra y la consolidación de un espacio urbano; de la promesa de la ciudad a una estabilidad económica y mejoramiento de la situación social. En este sentido, no se puede decir que El Alto nació como una ciudad politizada, sino más bien fue politizada a raíz de la marginalización y exclusión en la que han vivido la mayoría de sus residentes, que no han tenido la posibilidad de cobrar en la promesa. Los alteños/as han tenido que construir su ciudad bajo la sombra histórica de una ciudad que pretendía su inexistencia<sup>5</sup>». En los relatos de los viajeros, la extensión y la población de lo que se convertirá en El Alto, son ignoradas: el espacio vacío del altiplano contrasta sin duda demasiado con la majestuosidad de las montañas al pie de las cuales se acurruca el espacio urbano paceño.

La expulsión de las poblaciones indígenas comienza ya en el siglo XVIII con la complicidad de algunos caciques que permiten que los españoles y los criollos de La Paz se apropien de las tierras<sup>6</sup>. La agrupación de los indios en las reducciones comenzó ya en el siglo XVI con el fin de facilitar la explotación de la mano de obra; sin embargo, es el siglo XVIII el que marca verdaderamente la decadencia de la organización en ayllus: la creciente escasez de tierras obliga a las poblaciones indígenas a mirar hacia La Paz y a dedicarse a actividades no agrícolas y subalternas como las de empleados domésticos, jornaleros en las haciendas, pequeños artesanos y pequeños comerciantes de productos de primera necesidad, etc. Los barrios indios en expansión constituyen zonas « donde se comerciaba, donde se prestaban servicios y donde se acudía por la mano de obra necesaria para la propia expansión y construcción de la ciudad <sup>7</sup>». La integración a la ciudad se hace bajo el signo de la desigualdad de condiciones de vida y de estatutos. Mientras La Paz se desarrolla poco a poco en todo el espacio disponible de la hoyada, los territorios que se convertirán en El Alto pero que en ese momento forman parte de las parroquias de San Pedro y San

---

<sup>5</sup> Juan Manuel Arbona, 2009, “Apuntes sobre la historia de un ”espacio vacío”: El Alto en la región metropolitana de La Paz” (de próxima publicación).

<sup>6</sup> Rossana Barragán, 1990, *Espacio Urbano y Dinámica Étnica: La Paz en el Siglo XIX*, La Paz, HISBOL; Thierry Saignes, 1992, “De los ayllus a las parroquias de índice: Chuquiago y La Paz”, in E. Kingman (ed.), *Ciudades de los Andes: Visión Histórica y Contemporánea*, Quito, IFEA/Ciudad, págs. 53-91; Xavier Albó, 1999, “La Paz también es Chuquiawu”; in H. Cajías, P. Contreras, y J. Orihuela (eds), *La Paz Nuestra de Cada Día*, La Paz, PNUD; págs. 81-85; Laura Escobari, 2001, *Caciques, Yanaconas, y Extravagantes: La Sociedad Colonial en Charcas s. XVI-XVIII*, La Paz, Plural.

<sup>7</sup> R. Barragán, *op. cit.*, pág. 22.

Sebastián, se desarrollan, a lo largo del siglo XIX, en una planicie situada en lo alto, expulsando a los comunarios y creando haciendas alrededor de La Paz.<sup>8</sup>

Una perspectiva histórica permite aportar algunas precisiones sobre la ubicación real de los ayllus que van desapareciendo poco a poco: « de manera preliminar, y deduciendo de los padrones e inscripciones de 1770, 1786, 1852, y 1881, se puede estimar que los ayllus que conformaban El Alto contemporáneo eran: Cupilupaca, Checalupaca, Chinchalla y Pucarani. Esta deducción surge a partir de los nombres de las estancias que pertenecieron a los ayllus, y otros detalles en las narrativas de los padrones coloniales. [...] Algunas zonas mantuvieron los nombres de estas estancias y haciendas. Por ejemplo, la estancia de Colpani pertenecía al ayllu Pucarani; la estancia Charapaqui estaba dentro del ayllu Checalupaca; la estancia Yunguyo pertenecía al ayllu Chinchalla. Por otro lado, en los padrones revisados hay referencia a que estas estancias estaban en “la altiplanicie”, además de las menciones de los linderos, por lo que sugiere que estaban en las inmediaciones de El Alto. Similarmente, contrastando los padrones de 1852 y 1881, y analizando los linderos que menciona el padrón de 1881, se puede deducir dónde estaban y cómo se llamaban las haciendas localizadas en El Alto contemporáneo. Estas haciendas eran: Villandrani, Hichucirca (Jichu-Circa), Tacachira, Ocomisto (Hoko-Misto), Alpacoma, Seq’e, Milluni, Ingenio, Poma-Amaya, Yunguyo, Mercenarios, y San Roque. Para el Catastro de 1919 estas haciendas seguían vigentes (excepto 2), aunque la mayoría con diferentes propietarios. Todas estas haciendas eran principalmente de producción agrícola y ganadera, aunque algunas también se dedicaban a la minería en pequeña escala. Comparando el valor de estas haciendas con otras de las Parroquias de La Paz, se puede constatar que estas eran de menor valor posiblemente debido al limitado acceso a recursos hídricos<sup>9</sup>”La expansión urbana no tiene lugar sin conflictos: pese a que la Ley de Ex Vinculación de 1874 declara “extinguidas las comunidades” y ordena “la dotación individual de parcelas a los indígenas comunarios”, como consecuencia de lo cual las tierras comunitarias se convierten en haciendas y los campesinos en mano de obra barata, los habitantes tratan de oponerse a ello

---

<sup>8</sup> Silvia Rivera, 1978, “La expansión del latifundio en el altiplano Boliviano: elementos para la caracterización de una oligarquía regional”, *Avances*, n°2, p. 95-118

<sup>9</sup> J.M. Arbona, *op.cit.*

presentando títulos colectivos de propiedad que les venían de los siglos XVI Y XVII<sup>10</sup>. En 1983, sobre esa base, obtienen la promulgación de una ley que permite derogar la de 1874: Arbona encuentra incluso la manera de utilizar sentencias de esa época en los conflictos de tierras de los años 1960 y 1970.

Por lo tanto, hasta principios del siglo XX, el espacio está ocupado principalmente por grandes propiedades que comparten las tierras con algunas comunidades campesinas (Charapaqui, Yunguyo; Qullpani, etc.), empresas privadas e instituciones públicas. En 1912, en el lugar donde se encuentra actualmente La Ceja, se crea una estación ferroviaria de propiedad del Ferrocarril Guaqui-La Paz, donde se instalan también oficinas y depósitos. En 1923, la fundación de la escuela de aviación, anuncia la implantación de las oficinas de la compañía aérea Lloyd Aéreo Boliviano, alrededor de un pequeño aeródromo. Diez años más tarde, a su turno, la empresa nacional YPFB instala sus depósitos. La urbanización empieza verdaderamente en los años 1940, impulsada por las haciendas que venden los espacios en los que se ubicarán los diferentes barrios, transfiriendo 134.000 títulos de propiedad<sup>11</sup>: en 1942, se fundó Villa Dolores (que se convertirá en Ciudad Satélite) y hasta la Revolución Nacional de 1952 fueron naciendo los barrios de Bolívar y 12 de octubre en el sur, 16 de Julio, Ballivián y Alto Lima en el norte. La expropiación de la hacienda El Tejar, en el momento de la Revolución, libera toda la zona de La Ceja y permite la fundación de Ciudad Satélite. « *Sus principales pobladores fueron personas que se dedicaron al pequeño comercio (venta de frutas y comida en la inmediaciones de La Ceja. Las otras áreas, como Villa Dolores, sólo contaban con algunas pequeñas edificaciones muy precarias ; fueron ocupadas por los flujos migratorios provenientes de provincias y por pobladores urbanos, que por motivos económicos no pudieron asentarse en la ciudad de La Paz y aprovecharon del precio muy bajo de la tierra*<sup>12</sup> ».

---

<sup>10</sup> S. Rivera, *op.cit.*

<sup>11</sup> Florent Demoraes, *Etude de l'évolution de l'agglomération de La Paz-El Alto depuis les vingt dernières années, compte tenu des contraintes environnementales du site. Une péjoration des conditions d'urbanisation ? Une base de référence : le Plan de Développement urbain de la ville de La Paz (1976-77)*, memoria de maestría en geografía realizada bajo la dirección del Sr. Robert D'Ercole, 1998.

<sup>12</sup> Sandra Garfias y Hubert Mazurek, *El Alto desde una perspectiva poblacional*, La Paz, Codepo/IRD, 2005, pág.11.

En una primera fase, El Alto se desarrolla en torno a los ejes camineros, a lo largo de los cuales se van implantando las viviendas. Las carreteras que unen El Alto con otros centros urbanos del altiplano (Oruro, Copacabana, Laja, Viacha) convergen en el cruce de La Ceja. Los barrios más antiguos cuentan con servicios urbanos (agua y electricidad) desde los años 1950. A partir de entonces, el crecimiento de la población es espectacular: 11.000 habitantes en 1950, 30.000 en 1960, cerca de 100.000 en 1976, 405.500 en 1992 y 647.000 en 2001. Semejante crecimiento (superior al 9% anual entre 1976 y 1992) se explica en primer lugar por las primeras olas de migración rural que, a partir de los años 1970, fueron consecuencia de la crisis del sistema rural de economía familiar (puesto que las parcelas delimitadas por la reforma agraria de 1953 resultaron demasiado pequeñas para ser distribuidas entre todos los herederos de la generación siguiente); la sequía, debida al fenómeno de El Niño provoca un segundo éxodo a principios de los años 1980; por último, a partir de 1985, la crisis en los mercados de materias primas, así como las primeras medidas de liberalización de la economía provocan el cierre de numerosos centros mineros y la migración masiva de mineros de procedentes de los departamentos de Potosí, Oruro e incluso La Paz (otra corriente importante de migración se dirigió al departamento de Cochabamba y más precisamente al Chapare, fortaleciendo los sindicatos de cocaleros).

En lo que a la organización social se refiere, en los archivos municipales se encuentran rastros de las juntas vecinales desde 1957, movilizadas principalmente para obtener acceso a los servicios urbanos básicos: saneamiento, agua y electricidad. Asimismo en el libro *La ciudad prometida* de Sandoval y Sostres<sup>13</sup> se hace referencia a “comandos zonales” que el MNR organizó apenas llegó al poder: impulsan la creación de “sindicatos de inquilinos” de los que nacerán las juntas vecinales y cuyos miembros son los primeros beneficiarios de la política oficial de entrega de lotes: en particular, entre 1957 y 1959, se otorgarán lotes en Ciudad Satélite, las villas Santa Rosa y Rosas Pampa a funcionarios de la policía. En los doce años de gobierno del MNR no se adoptaron políticas específicas en favor de esas zonas, sino medidas locales y limitadas, a menudo bajo presión de los habitantes (especialmente creación de mercados y de escuelas primarias), sin embargo, el proceso de la Revolución Nacional da inicio a “*la incorporación de El Alto como apéndice de la*

---

<sup>13</sup> Godofredo Sandoval y Fernanda Sostres, *La ciudad prometida. Pobladores y organizaciones sociales en El Alto*, La Paz, Editorial Sistema/ILDIS, 1989, pág.22.



*ciudad de La Paz*<sup>14</sup>”. En efecto, la Revolución de 1952 dio lugar a procesos de mediación entre el pueblo y el Estado, tanto en el caso de reivindicaciones materiales como en el de participación popular. Este proceso se desarrolla pues bajo el signo del “clientelismo burocrático<sup>15</sup>”: controladas por los militantes del MNR, las primeras juntas vecinales responden en realidad a la voluntad de organizar políticamente a los sectores populares. Bajo los gobiernos autoritarios de los años 1960 y 1970, las relaciones con el Estado se caracterizan por una sumisión ideológica relativamente fuerte, pero la crisis económica alimenta poco a poco las protestas: en 1978, las juntas vecinales participan activamente en los movimientos que reivindican un régimen democrático y se oponen a los golpes de estado de Natash Bush (1979) y García Mesa (1980). Sin duda no es por casualidad que la Federación de Juntas Vecinales (FEJUVE) se crea oficialmente en esa época, en 1979. Un congreso que reúne a las juntas vecinales define a la federación como una organización encargada a la vez de representar a la población de las zonas de El Alto en lo referente a los servicios y a las infraestructuras a nivel local y de servir de lazo con las reivindicaciones democráticas a nivel nacional. El regreso a la democracia en 1982 gracias a la Unidad Democrática y Popular marca una nueva etapa en el desarrollo de las juntas vecinales: una relación ambivalente de negociación y de oposición al Estado que asiste a la interpelación de las autoridades por las organizaciones cívicas que reclaman mejores condiciones de vida luego de una quincena de años de ausencia de políticas públicas para sus barrios. El Alto deja de ser un barrio de La Paz en 1985, como consecuencia de una lucha que duró varias décadas<sup>16</sup>.

El Consejo Central de Vecinos, creado en 1957, había iniciado la demanda de autonomía administrativa pero recién en 1983 tiene lugar un encuentro entre el consejo municipal de La Paz y los representantes de las juntas vecinales de la FEJUVE: el proyecto del diputado Antonio Aranibar prevé, entre otras cosas, una capacidad de gestión autónoma de los recursos económicos, administrativos y técnicos<sup>17</sup>. El encuentro no desemboca en nada en lo inmediato y el 6 de marzo de 1985, otra organización cívica, llamada Frente de Unidad y Renovación independiente de El Alto (FURIA) conformada por ex-dirigentes de la

---

<sup>14</sup> Sandoval y Sostres, *op.cit.*, pág. 23.

<sup>15</sup> Sandoval y Sostres, *op.cit.*, pág. 76.

<sup>16</sup> Se había dotado a El Alto de una alcaldía anexa a principios de los años 1980.

<sup>17</sup> G. Sandoval & F. Sostres, *op.cit.*, pág.30

FEJUVE, logra que el congreso reconozca la autonomía administrativa mediante la creación de la cuarta sección de la provincia Murillo con El Alto por capital. Exactamente tres años más tarde, bajo la presión de las organizaciones cívicas y comerciales, El Alto es reconocido por el congreso como una verdadera ciudad (la aprobación definitiva tuvo lugar el 12 de septiembre del mismo año)<sup>18</sup>.

## 2. ESPACIO URBANO Y ESPACIO SOCIAL: LA ESTRUCTURA DE LAS DESIGUALDADES

La población activa de El Alto que, según el censo de 2001, comprende a unas 230.000 personas, está integrada en su mayoría por obreros (47%) y por empleados y trabajadores independientes (41%). El comercio mayorista y minorista representa un 30% de las actividades, mientras que la industria, el transporte y la construcción ocupan al 23%, 10% y 8% de la fuerza laboral, respectivamente<sup>19</sup>. Por lo tanto, no se debe caer en una visión homogénea e indiferenciada de la ciudad, pues “El Alto no es un suburbio miserable”, como lo demostraron Marie-Danièle Demélas y Jean-Pierre Lavaud, basándose en los datos siguientes: El Alto es la segunda ciudad industrial del país, con más de 5000 establecimientos (de los cuales el 90,6% son microempresas que emplean de una a cuatro

---

<sup>18</sup> El hecho que se hable de las juntas vecinales de los barrios no debe ocultar ni la multiplicidad ni la diversidad de las organizaciones sociales, sindicales y culturales de El Alto: federación de los comités de padre de familia, clubs de mujeres, asociaciones de mineros relocalizados, centros culturales para los jóvenes o los residentes de un barrio, la Central Obrera Departamental, etc. Todos estos grupos tejen las relaciones sociales entre los habitantes de una misma zona, conectándolas a nivel municipal. Constituyen a la vez redes de ayuda mutua y de control social de los dirigentes destinadas a paliar la ausencia del Estado, ilustrada por el siguiente dato: sólo hay 2000 policías en todo El Alto y esto siempre que no se los traslade al centro de la ciudad para vigilar partidos de fútbol.

<sup>19</sup> En El Alto, el sector secundario está dominado por la construcción, que agrupa la tercera parte de los empleos del sector secundario y representa el 10% de la fuerza laboral alteña. “Siempre hay obras, puesto que la ciudad está en permanente crecimiento, pero ese sector es relativamente inestable, pues los ingresos de los trabajadores dependen de las obras que los emplean y de las necesidades de éstas” (Virginie Baby, 1995, *El Alto de La Paz, un bidonville d'altitude au coeur de l'Amérique latine*, memoria para la obtención de un título de estudios avanzados, bajo la dirección de Hervé Thery, París X, pág. 142). Desde el punto de vista espacial, las actividades comerciales y los servicios están muy concentrados en el sector de La Ceja, mientras que las grandes industrias se encuentran sobre todo en los barrios periféricos (norte de Alto Lima, zona franca en el camino a Oruro). El sector terciario consiste sobre todo en pequeños negocios tradicionales (18% de las actividades), atendidos por mujeres, en empleos domésticos y unos pocos cuadros superiores. Si bien El Alto alberga a más industrias y actividades artesanales que La Paz, sobre todo por la mayor disponibilidad de espacios baratos para su instalación, su relación con la capital del departamento es de verdadera dependencia, ya que entre 100.000 y 200.000 personas bajan diariamente a La Paz para trabajar.

personas, lo cual representa el 45% de los empleos<sup>20</sup>), los cuales habrían generado 270 millones de dólares en productos manufacturados, exportados principalmente a Estados Unidos – en primer lugar, la industria de la confección, seguida por las fábricas de muebles, la industria mecánica, la producción de alimentos y la producción textil y, en segundo lugar, las industrias de la madera, de los plásticos, la industria gráfica, etc. Y aunque “los conflictos sociales acompañados de bloqueos de caminos y frecuentes manifestaciones han desanimado a algunos empresarios”, el hecho de que se creen anualmente más de 1.000 empresas es una “prueba del dinamismo de la ciudad”<sup>21</sup>. Dinamismo que los datos del Instituto Nacional de Estadística (INE) confirman en 2008: ese año, la población activa llegó a las 500.000 personas, aproximadamente, es decir prácticamente el doble de lo que era en los años 2000; 19.098 empresas están registradas como contribuyentes en el Servicio Nacional de Impuestos, pero con los regímenes especiales, las recaudaciones fiscales apenas sobrepasan los 60 millones de Bolivianos.

Si bien El Alto no es una villa miseria, es una ciudad segregada en la que impera la desigualdad. A título indicativo, una vez más, según el censo de 2001, más del 90% de la población activa gana menos de 2.600 bolivianos mensuales, lo que significa que el 49,3% de la población está en situación de “pobreza moderada” y el 25,6% en situación de gran pobreza, mientras que solamente el 7,5% tiene todas las necesidades básicas satisfechas (vivienda, alimentación, empleo). El desempleo, que en 2008 afecta al 13% de la población activa, es el principal problema de la ciudad, según el sociólogo Carlos Hugo Laruta<sup>22</sup>. La estimación del desempleo, que afecta sobre todo a los jóvenes, se ve seguramente atenuada por el hecho de que en El Alto predomina sobre todo el sector informal, en el que trabajaba el 75% de la población activa de la ciudad en 1996 y el 70% en 2006, tasa muy superior a las de otras ciudades grandes del país (en que el trabajo informal se sitúa entre el 50% y el 56%)<sup>23</sup>. De manera más general, los trabajadores del

---

<sup>20</sup> Cámara Departamental de Industrias de La Paz, “Encuesta de necesidades de desarrollo empresarial en la industria manufacturera en la ciudad de El Alto”, 2004.

<sup>21</sup> Marie Danièle Demélas y Jean-Pierre Lavaud, “El Alto n’est pas une banlieue misérable”, en línea: [http://www.aportescriticos.com.ar/potosi/El\\_Alto.html](http://www.aportescriticos.com.ar/potosi/El_Alto.html).

<sup>22</sup> <http://www.iglesiaviva.net/content/view/2998/80> El autor se presenta como “sociólogo alteño” y fue director del CIPCA – La Paz (Centro de Investigación y Promoción del Campesinado).

<sup>23</sup> Patricia Yañez y Fernando Landa, « Informe Especial. Informalidad en el Mercado Laboral », La Paz, UDAPE, 2007.

sector informal, es decir el 63% de la población activa boliviana en 1996 y el 58% en 2006, son en su mayoría mujeres (respectivamente el 68,1% y el 62,7% respectivamente, frente al 58,8% y el 54,4% de los hombres), indígenas (respectivamente el 71,3% y 69,2%, frente al 58,2% y el 49,2% de los no indígenas) y pertenecen a dos categorías de edad específicas, menores de 25 años y mayores de 44 años (en proporciones siempre superiores al 50%). Además el empleo informal caracteriza sobre todo a las pequeñas entidades semiempresariales (con menos de cuatro empleados) y las empresas familiares (trabajo por cuenta propia o trabajo en la casa no remunerado), que constituyen, como se vio anteriormente, la gran mayoría de los establecimientos económicos de la ciudad. Esta estructura económica explica en parte el voto masivo, en los años 2000, por el Movimiento Al Socialismo de Evo Morales, partido que no sólo es una federación de organizaciones sociales, sino también la expresión política de los pequeños productores nacionales<sup>24</sup>.

El Alto es una ciudad sumamente compartimentada: es común que las tiendas y los talleres de un mismo oficio se sitúen en una misma calle, por ejemplo, los trajes de fiesta y de ceremonia en la 16 de Julio o las calles de chatarreros, carpinteros o mecánicos. Esta organización corporativa, que se repite también en la feria bisemanal de la 16 de Julio, más allá de su aparente abundancia, es sólo el aspecto más visible de la inscripción de las jerarquías del espacio social en la materialidad del espacio urbano. Detrás del mosaico de los barrios y la aparente urbanización descontrolada, existe, al menos en las partes más antiguas y centrales de la ciudad, todo un orden corporatista que estructura el espacio. A fines de los años 1980, Sandoval y Sostres describían una ciudad compuesta por tres conjuntos distintos<sup>25</sup>. La zona central, en torno a La Ceja, Ciudad Satélite y las villas Bolívar, 12 de Octubre y Dolores, albergaba a habitantes de clase media procedentes del altiplano y a empleados de las administraciones locales; era la mejor dotada de equipamientos urbanos e incorporaba también a migrantes rurales de condición modesta, una de cuyas modalidades de inmigración consistía en empezar por irse a vivir a la casa de

---

<sup>24</sup> Hervé Do Alto, « ¿Un gobierno de los movimientos sociales? Las nuevas configuraciones del poder político en los tiempos de Evo Morales », comunicación presentada en el seminario internacional « Las reformas del Estado en los países andino-amazónicos. Poderes, territorios, sociedades », La Paz, 16 a 19 de junio de 2009, IFEA/PIEB/ILDIS/Cooperación regional/Embajada de Francia en Bolivia.

<sup>25</sup> G. Sandoval y F. Sostres, *op.cit.*, págs. 31 a 36. Los autores se basan sobre todo en el estudio del geógrafo alemán G. Koester, « Estratificación socio-económica de las zonas de la ciudad de La Paz », 1976.

familiares instalados en la ciudad<sup>26</sup>. La zona sur, la más reciente y la que menos acceso tenía a los servicios urbanos, albergaba a lo largo del camino a Oruro a migrantes procedentes de las zonas mineras del altiplano y a empleados de bajos ingresos. La zona norte, más arriba del camino a Copacabana, era en cambio el lugar de acogida de los campesinos aymaras del departamento de La Paz; como tal, era verdaderamente heterogénea, pues albergaba a trabajadores precarios que habían abandonado el mundo rural por falta de tierras y la burguesía urbana aymara, comerciante y artesana (como la de la calle Buenos Aires de La Paz).

La descripción de Sandoval y Sostres sigue siendo globalmente válida, siempre que se tengan en cuenta la expansión urbana y las transformaciones cualitativas del proceso de poblamiento y de los modos de asentamiento en El Alto, en particular en las zonas periféricas. El análisis cartográfico de los datos del censo de 2001 por Garfias y Mazurek muestra que El Alto está ahora compuesto por tres círculos espaciales distintos, correspondientes a la antigüedad de la implantación de los diferentes barrios y a la centrífuga dinámica urbana. Se elaboraron varios indicadores, teniendo en cuenta la calidad de las viviendas (paredes de ladrillo o de adobe, suelo de cemento o tierra, número de habitaciones, etc), su acceso a los servicios urbanos, las características sociodemográficas de los jefes de familia (profesión, sector en el que trabajan), la dependencia de la familia de la persona activa, el acceso a los servicios de salud (con el número de partos a domicilio). El primer círculo está constituido por La Ceja y los primeros barrios construidos en los años 1950 (Villa Dolores, Ciudad Satélite, 16 de Julio, Ballivián). Se caracteriza por una elevada densidad demográfica, viviendas construidas con materiales modernos y con buen acceso a los servicios básicos, un elevado porcentaje de la población activa empleada principalmente en el sector del comercio y los servicios, que coexiste con pequeños empresarios independientes y personas que trabajan en su casa: todas estas características del empleo explican la baja tasa de analfabetismo y la gran proporción de mujeres.

El segundo anillo se caracteriza por situaciones de lo más variadas, pues corresponde al asentamiento en los años 1970-1990: migración rural debida al clima (fenómeno de El

---

<sup>26</sup> Xavier Albó, Thomas Greaves y Godofredo Sandoval, *Chukiyawu. La cara aymara de La Paz*, La Paz, Cipca, 4 tomos, 1981-86.

Niño) y la crisis de reproducción del pequeño campesinado del altiplano, enfrentada a parcelas demasiado estrechas, heredadas de la distribución de la revolución de 1952, cierre de las minas debido a la crisis en los mercados mundiales y a las reestructuraciones liberales de 1985 y crecimiento endógeno de la población alteña. Mazurek y Garfias distinguen al norte del aeropuerto una población que trabaja por cuenta propia o empleada a domicilio y al sur una población de obreros y empleados a la vez más estable y más calificada, pero al parecer con viviendas todavía relativamente precarias. El tercer anillo está compuesto por las urbanizaciones más recientes, que datan de la segunda mitad de los años 1990, agrupadas en los distritos 7 y 8, así como en el norte de los distritos 5 y 6 y en oeste de los distritos 3 y 4. Este círculo presenta las superficies más grandes y también los niveles de densidad de viviendas más bajos, lo cual dificulta su acceso a los servicios básicos. Al norte del aeropuerto se encuentra, al igual que en el segundo anillo, una población poco calificada y más joven que en el resto de la ciudad<sup>27</sup>.

La estructuración socioespacial a la que obedecen la mayoría de las variables y que lleva a interpretar el espacio urbano alteño en términos de segregación, presenta un interés científico particular: los indicadores de ubicación espacial son al menos igual de predictivos que los indicadores sociales tradicionales. En otras palabras, “dime dónde vives y te diré quién eres”. El análisis cartográfico resulta ser pues un complemento indispensable de la encuesta sociológica, cuando los datos sobre la profesión o la clase social, en un contexto muy segregado, no aportan suficiente información sobre los individuos o los grupos encuestados<sup>28</sup>.

En cambio, la encuesta realizada por el equipo del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) en 2007<sup>29</sup>, aunque confirma los elementos esenciales de los análisis cartográficos

---

<sup>27</sup> En la ciudad en su conjunto, la edad media es de 22,6 años, según el censo de 2001. Los menores de 15 años representan el 39,5 % de la población, pero se concentran sobre todo en el segundo anillo, mientras que la mayor parte de los centros educativos y culturales se sitúan en el primer anillo.

<sup>28</sup> Franck Poupeau, « Les structures spatiales des inégalités. Eléments de méthode pour une analyse des recompositions de l'espace social », tesis de postgrado para la habilitación a dirigir investigaciones, defendida en la universidad de París I Panthéon Sorbonne el 21 de noviembre de 2008, bajo la dirección de Anne-Catherine Wagner (tribunal integrado por Eric Brian, Alain Chenu, Olivier Dabène, Bruno Lautier, Catherine Rhein y Anne-Catherine Wagner).

<sup>29</sup> Franck Poupeau, « De la migración rural a la movilidad intra-urbana. Una perspectiva sociológica sobre las desigualdades socio-espaciales de acceso al agua en El Alto », in Franck Poupeau y Claudia Gonzáles Andricain (dir.), *Modelos de gestión del agua en los Andes*, La Paz/Lima, IFEA/PIEB/Plural Editores, 2009.

anteriores, lleva a conclusiones diferentes en lo referente a los modos recientes de instalación, en particular en lo relativo al tercer anillo, que correspondería “ a zonas de recepción de una población de migrantes, en general jóvenes y casados<sup>30</sup>”. Ahora bien, ciertos indicadores muestran que, a parte ciertas zonas del distrito 7 (al oeste del camino a Copacabana), en las que aún se registra el asentamiento evidente de población de origen rural, ese tercer anillo se caracteriza por tasas de familias propietarias de su vivienda más altas que en el resto de la ciudad, lo cual cambia el sentido que se le puede dar a la población de migrantes “jóvenes y casados”. Los cuestionarios difundidos en esas zonas por el equipo del IFEA revelan que se trata más bien de una migración intraurbana, mediante la cual parejas jóvenes (de 30 a 40 años principalmente) acceden a la propiedad: en la mayoría de los casos en asentamientos salvajes y no planificados por la municipalidad, en los que la autoconstrucción de viviendas de adobe coexiste con la especulación inmobiliaria por pequeños propietarios que compran lotes para revenderlos a ese tipo de familias, a precios más altos pero siempre menores a los de las viviendas más céntricas. Las familias con varios hijos están pues dispuestas a sacrificar cierto nivel de comodidad (en promedio hay que esperar dos años para tener electricidad y cinco años para poder conectarse a la red de agua potable) con tal de adquirir una vivienda propia, con más espacio para los hijos y sin las limitaciones que supone depender de un dueño de casa exigente. Por consiguiente, ya no se puede decir que El Alto sea una ciudad de migrantes rurales, habida cuenta del desarrollo endógeno de la ciudad y de las transformaciones cualitativas de los asentamientos de las zonas periféricas. En lo que a los modos de identificación de los habitantes se refiere, la encuesta del IFEA revela que, en esas zonas periféricas en expansión, menos del 30% de los jefes de familia encuestados se definen como miembros de un pueblo originario: se definen mayoritariamente según un criterio territorial, como alteños (residentes de El Alto). Por consiguiente, tanto las autoridades municipales como los proveedores de servicios, públicos o privados, deberían revisar muchos de los estereotipos sobre El Alto, “ciudad de campesinos indígenas”: la población que reside ahora en esas zonas se caracteriza por tener aspiraciones urbanas en lo que respecta al equipamiento, al acceso a los servicios básicos y a las prácticas culturales. Por lo demás, este último aspecto es el más difícil de interpretar.

---

<sup>30</sup> S. Garfias y H. Mazurek, *op.cit.*, p.102.

### 3. EL ALTO: ¿ILUSTRACIÓN DE LA INDIGENIZACIÓN DE LA MODERNIDAD O DE UNA RELACIÓN MODERNA CON LAS TRADICIONES?

De este análisis socio-espacial, se puede concluir que la representación de El Alto como “ciudad aymara” en la que las tradiciones indígenas perdurarían resistiendo al desarrollo capitalista y a la modernidad occidental, se debe matizar en varios aspectos. En efecto, ese pulmón económico de Bolivia no puede considerarse hermético a la penetración de la “modernidad occidental”, trátase de la introducción de mercancías, de estilos de vida o de formas de expresión cultural. La singularidad de El Alto no puede entenderse como la transposición urbana de una “cultura aymara” que hubiera atravesado el tiempo y las colonizaciones (la inca y luego la española), sino como el resultado de complejos procesos de apropiación, de resistencia y de aceptación de elementos “extraños”. Por lo demás, esta formulación no es totalmente correcta y se debe ante todo descartar una dicotomía demasiado esquemática entre cultura “tradicional” y cultura “extranjera occidental”. Dicha dicotomía, reavivada por el indigenismo político del momento, no hace sino invertir la categorías más coloniales invirtiendo su valor: presenta sobre todo a las culturas indígenas como tradiciones estables y petrificadas. Disfrazada de fidelidad a un pasado idealizado, no es más que una forma de ideología conservadora. Por el contrario, se debe ver que, lejos de estar pasivamente dominadas por la “modernidad occidental”, trátase de la colonia o del capitalismo neoliberal, dichas culturas, llamadas “tradicionales”, se han construido desde siempre en una interacción constante con las culturas de sus colonizadores, incas, españoles o mas generalmente “occidentales”<sup>31</sup>.

Esta transformación permanente de la cultura se advierte con particular nitidez en los barrios de migrantes rurales. Un estudio sobre las ciudades peruanas de Lima y Arequipa revela que los migrantes procedentes de las regiones andinas se diferencian de los de otras regiones del país al mantener un sentimiento de pertenencia a su lugar de origen que les

---

<sup>31</sup> Entre múltiples referencias, se citará en particular a: Thomas Abercrombie, *Caminos de la memoria y del poder. Etnografía e historia en una comunidad andina*, La Paz, IFEA/IEB/Sierpe Publicaciones, 2006; Thérèse Bouysse-Cassagne, Olivia Harris, Tristan Platt y Verónica Cereceda, *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*, La Paz, HISBOL, 1987.



permite reinventar, en otro contexto, las tradiciones culturales de las comunidades rurales<sup>32</sup>: por ejemplo, los campeonatos de fútbol constituyen una oportunidad para reproducir las fiestas rurales, con sus rituales de enfrentamientos y libaciones, dándoles a la vez una forma nueva. Como muestra una encuesta realizada a principios de los años 2000 por jóvenes investigadores bolivianos<sup>33</sup>, en El Alto se observan procesos del mismo tipo, sin duda con una tendencia aún más fuerte de las nuevas generaciones a diferenciarse de las primeras generaciones de migrantes aymaras de los años 1960 y 1970. Estos últimos se veían obligados a emigrar por razones principalmente económicas y reproducían por tanto, adaptándolas, las prácticas culturales y los códigos de sus pueblos de origen. Se observa aún esa influencia en el sistema de padrinzgo y la preparación colectiva de las fiestas de barrio, según el modelo algo idealizado de la reciprocidad andina (ayni), que permite redistribuir las riquezas entre los residentes. (Desde ese punto de vista, se debería estudiar el surgimiento, a partir de los años 1970, de una burguesía chola, que, decepcionada por el proyecto de integración ciudadana de la Revolución de 1952 que no consiguió que los indios accedieran a la igualdad política, económica y social, creó para sí un ámbito próspero de negocios y un nuevo universo de referencia entre lo rural y lo urbano, al margen de la política nacional, en la invisibilidad de la muchedumbre de las calles Buenos Aires de La Paz y 16 de julio de El Alto). En general “nuevos espacios llevan a la invención de nuevas ceremonias.[...] El estreno de bienes recién adquiridos, como una casa o un auto, se celebra con un amplio grupo de amigos en una nueva forma de ch’alla<sup>34</sup>”. Ciertamente es que las generaciones jóvenes utilizan mucho las nuevas técnicas de comunicación e importan modas extranjeras, pero el elemento determinante sigue siendo la influencia del grupo de pares. Así, la importación de música latina (tecnomerengue, cumbia, rock, etc.) pasa menos por la compra de discos que por conciertos de grupos locales, en discotecas (chojcheríos) destinadas a atraer una clientela joven, pero cuya disposición reproduce también la de las fiestas rurales (en particular con sillas alrededor de la pista de baile para ver bailar a unos y otros). El surgimiento de prácticas culturales propias de los jóvenes

---

<sup>32</sup> Karsten Paerregaard, « Andean Predicaments : Cultural Reinvention and Identity Creation Among Urban Migrants in Peru », in Ton Salman y Annelies Zoomers (eds.), *Imaging the Andes : Shifting Margins of a Marginal World*, Amsterdam, Aksant/Cedla, 2003, págs.272 a 287.

<sup>33</sup> Germán Guaygua, Máximo Quisbert y Angela Riveros, « The Presence of Aymara Traditions in Urban Youth Culture : Tales About the Multiculture of El Alto, Bolivia », in Ton Salman y Annelies Zoomers (eds.), *Imaging the Andes : Shifting Margins of a Marginal World*, Amsterdam, Aksant/Cedla, 2003, págs.288 a 300.

<sup>34</sup> G. Guaygua, M. Quisbert y A. Riveros, *op.cit.*, pág. 291.

aymaras en un medio urbano no supone entonces la desaparición de los lazos familiares ni una ruptura brutal entre generaciones: tienden a reproducir la cultura de sus padres adaptándola a sus nuevos espacios de socialización o confiriéndole nuevas connotaciones – así pues, los estudiantes dan nuevos colores a danzas tradicionales poco practicadas por los adultos (que a menudo se limitan a bailar morenada o kullawada). Esta renovación de la cultura rural no es para nada incompatible con los blue jeans que reemplazan las polleras de las jóvenes.

La encuesta mencionada sobre los jóvenes aymaras de El Alto, muestra que la confrontación con la “modernidad capitalista” no puede ser asimilada a una entrada pasiva en el universo del consumo ni tampoco a la creación de una “cultura híbrida”. Se trata más bien de “la reestructuración de elementos culturales alrededor de un núcleo que, por el momento, conserva intactos elementos de la cultura heredada. ¿Sobrevive el campesino en ese nuevo contexto? ¿O bien estamos asistiendo a la aparición de una nueva cultura aymara en proceso de creación? En un medio urbano, los aymaras tienen que hacer frente a contextos que, a primera vista, parecerían incompatibles con sus costumbres tradicionales. Hay que tener en cuenta, sin embargo, la particularidad del proceso en curso que consiste en que los elementos extranjeros son incorporados a través de las culturas juveniles lo que da nacimiento a una nueva cultura: surgen una nueva configuración y una transformación de lo aprendido, memorizado y propuesto o, simplemente, una apropiación de lo que está disponible. Lo específicamente andino no se expresa únicamente en los estilos de vida aymara tradicionales sino que se encuentra tanto en el joven que va a una discoteca vestido a la moda como en el campesino típico de una comunidad rural<sup>35</sup>”. El problema de este análisis que por ciertos aspectos tiene puntos comunes con la tesis de la indigenización de la modernidad, es que no sale de los esquemas dicotómicos que se había propuesto superar: por último vuelve a aparecer la alusión negativa a las comunidades tradicionales consideradas como elementos que sobreviven a los cambios de época o de contexto<sup>36</sup>. En

---

<sup>35</sup> G. Guaygua, M. Quisbert & A. Riveros, *op.cit.*, p. 299.

<sup>36</sup> Mientras que los marxistas y los neoliberales, más allá de sus divergencias políticas, comparten la idea de que la introducción del mercado destruye a las sociedades tradicionales y a sus culturas, tanto los teóricos del comunitarismo indigenista como los postcoloniales de todos los países, consideran que las culturas tradicionales persisten bajo las degradaciones externas : después de algunos siglos de olvido y de ocultamiento, dichas culturas renacerían de las cenizas de la hegemonía occidental debido a la presión de la resistencia de los pueblos llamados “originarios”. Todas esas teorías, se trate de destrucción o de

realidad, las costumbres socioculturales de dichas comunidades no se encuentran congeladas en una temporalidad inmóvil. Por ejemplo, los pescadores del lago Titicaca descritos por Ben Orlove<sup>37</sup> ya no trabajan como hace cincuenta o incluso veinte años, debido no sólo a la introducción de nuevas técnicas y materiales sino también al cambio del tipo de peces (trucha en los años 1930, pejerrey en los años 70); consiguientemente, los modos de vida asociados a la pesca se han transformado. De la misma manera, trabajos de etnografía, etnohistoria o economía como los que realizan Michael Schulte, Olivia Harris y José Luis Eyzaguirre<sup>38</sup>, muestran que las comunidades rurales no son hostiles a la moneda y a las relaciones comerciales por el hecho de venerar a una Pachamama dotada de bondad y de fertilidad, como la presentan los promotores actuales de la indianidad<sup>39</sup>. Por el contrario, la figura idílica de la Pachamama, cuyos atributos se acercan extrañamente mucho más a los de la Virgen María de los católicos españoles que invadieron la contrada hace quinientos años que a las divinidades ambivalentes de las sociedades precoloniales, parecería más bien una invención reciente de intelectuales y agentes culturales “neo-indios” que se mueven en medios urbanos<sup>40</sup>.

Por tanto, habría que adoptar un punto de vista menos culturalista para estudiar la formación de las identidades alteñas de los migrantes. La encuesta realizada por Mario

---

resurgimiento, tienen la misma visión congelada de una cultura tradicional propia a los pueblos autóctonos. Este postulado cuestiona la teoría de la indigenización de la modernidad formulada por Marshall Sahlins desde los años 1990, que afirma que los esquemas culturales indígenas tienen la capacidad de apropiarse de la “modernidad capitalista” y que su continuidad se instala en el cambio. Para un análisis de estos temas, consultar el libro de Alain Babadzan, *El espectáculo de la cultura. Globalización y tradicionalismos en Oceanía*, Paris, L’Harmattan, 2008 así como un informe en el sitio: [www.pieb.com.bo/blogs/poupeau/](http://www.pieb.com.bo/blogs/poupeau/)

<sup>37</sup> Ben Orlove, *Lines in the Water. Nature and Culture at Lake Titicaca*, Berkeley, University of California Press, 2002.

<sup>38</sup> Michael Schulte, *Llamereros y caseros. La economía regional kallawayá*, La Paz, PIEB, 1999 ; Olivia Harris, *To Make the Earth Bear Fruit : Ethnographic Essays on Fertility, Work and Gender in Highland Bolivia*, London, Institute of Latin American Studies, 2000 ; José Luis Eyzaguirre, *Composición de los ingresos familiares de campesinos indígenas. Un estudio en seis regiones de Bolivia*, La Paz, CIPCA, 2005.

<sup>39</sup> La etimología aymara de la palabra Pachamama, no está ligada, por lo demás, a la noción de Madre-Tierra: pacha cubre un amplio campo semántico que incluye el ciclo del tiempo, del espacio y de la tierra mientras que mama tiene menos que ver con la noción de madre que con la de la autoridad que no es específicamente femenina. Para este tema, ver el libro de Olivia Harris, *To Make the Earth Bear Fruit. Ethnographic Essays on Fertility, Work and Gender in Highland Bolivia*, Londres, Institute of Latin American Studies, 2000, y en particular el capítulo « The Mythological Figure of the Earth Mother » (p.201-219).

<sup>40</sup> Jacques Galinier & Antoinette Molinié, *Les Néo-Indiens. Une religion du III<sup>e</sup> millénaire*, Paris, Odile Jacob, 2006.

Yapu y su equipo sobre la juventud y la integración de los jóvenes aymaras<sup>41</sup> muestra justamente que las identidades multiculturales observadas en El Alto, son el reflejo no sólo de “culturas juveniles” sino de políticas públicas, tanto si se trata del liberalismo multicultural, impulsado a partir de los años 90 o de la interculturalidad militante de fines de los años 2000. El surgimiento de demandas educativas, culturales y/o protestarias procede de los cuadros sociales forjados por dichos políticos. La encuesta se basa pues sobre tres grupos suficientemente distintos para ilustrar este cuadro conceptual: los grupos de hip hop aymara se levantan contra la “disciplina colonial”, los movimientos de trabajadoras del hogar luchan por el reconocimiento de sus derechos, los aprendices de profesores de la Escuela Normal de profesores de primaria, persiguen un reconocimiento institucional y profesional. Si bien esos grupos tienen la voluntad de reapropiarse de una identidad indígena que ahora está valorizada socialmente, predomina en ellos el deseo de ascensión social sobre todo cuando el mercado de trabajo ofrece oportunidades que son mayores si los jóvenes son de la segunda (y no de la primera) generación de migrantes. Sin embargo, se producen transformaciones socioculturales y, gracias al impulso de las políticas del gobierno Morales, la identidad aymara que en el pasado podía parecer una identidad en retroceso, se está convirtiendo, por defecto, en objeto de una reivindicación sociocultural más positiva y más valorizante. En esta revelación de El Alto, se trata menos de una indigenización de la modernidad que de una relación totalmente moderna con la tradición siempre que se la considere como una reapropiación de las estructuras no sólo indígenas y campesinas sino también mineras y sindicales en general que están al servicio de formas locales de organización o mejor aún de autoorganización. Esto permite librarse de la visión encantada y de la ficción política de una ciudad construida por sus mismos habitantes para ver en ella el producto de la interacción entre varias series de factores: las transformaciones históricas del espacio urbano, en el que los procesos de segregación se ven redoblados por la ausencia de políticas urbanas y el entramado de esquemas culturales en el cual la producción de identidades depende menos de una continuidad con el pasado que de una relación con las formas de vida colectivas capaces de integrar diferentes

---

<sup>41</sup> Mario Yapu et al., *Jóvenes aymaras, sus movimientos, demandas y políticas públicas*, La Paz / Río de Janeiro, Universidad par la Investigación Estratégica en Bolivia / Instituto Brasileño de Análisis Social y Económico, 2008.

influencias y donde las reivindicaciones de cara al Estado son una exigencia de reconocimiento por el Estado.

\*

La ficción política de El Alto, funciona como una “reversión del estigma” destinada a erradicar los prejuicios contra una ciudad periférica, pobre y violenta. No es infundada en el sentido de que la acción de sus habitantes se debe a la vez a la ausencia relativa del Estado y a la ineficiencia de una gestión municipal que sufre de una falta de profesionales formados y de un clientelismo crónico. Constituye sin duda el orgullo de una población afligida por la precariedad, la pobreza y las formas de segregación social, espacial o cultural. “*Alto markaxa wali puq’antata jiwa jich’axa*”: El Alto se ha vuelto bien grande ahora, pueden decir los alteños, refiriéndose no tanto al tamaño que a la nueva importancia política de la ciudad. Constituye tal vez el surgimiento de una ciudad de la que se habla más de lo que ella misma habla. Se corre el riesgo de que siga siendo el doble simbólico que impida ver la situación real de la población alteña, una referencia identitaria susceptible de ocultar las desigualdades no sólo entre la ciudad y el resto de la sociedad sino entre los residentes mismos de El Alto lo que podría confirmar lo dicho por Bourdieu, a saber, que las ficciones sociales son también funciones sociales.